

Interpretación de un cuadro

Título: Capricho

Creador: Bernardino Montañés Pérez

Museo: Museo de Huesca



...

Hay rosas en el balcón. Rosas que mi tía se esmeró en cuidar, podar y regar con un cariño que no parecía propio de su persona y que no volvió a demostrar con nadie más.

Hay una caja cerrada con un cordel rojo que mi hermano utilizaba para guardar todas sus canicas y que nunca me dejó tocarla, porque gritaba cada vez que lo hacía y no me gustaba ver a mi hermano enfadado.

Hay pájaros volando alejándose de nosotros, como a los que mi padre quitaba la vida en un segundo, con un clic, y luego exhibía en el salón a pesar de que yo suplicara que no hiciera, y que mamá suplicara por mí, y que mamá llorara luego a escondidas en el suelo del baño. Como si lo supieran.

Está la ropa que yo odiaba ponerme porque me picaba todo el cuerpo y apretaba mucho, pero que mi hermano adoraba porque decía que le hacía parecer la viva imagen de papá.

Están los cipreses a los que me subí hace años y nunca más porque no soy de la misma categoría que mi hermano. Y a los que me sentaba para resguardarme del sol durante los días calurosos. Y bajo a los cuales conocí a un chico extraño. Tenía el pelo y los ojos pálidos, y los labios muy finos.

Está la sonrisa que reservaba solo para él, porque después de que la muerte se llevara a mi padre estaba prohibida allá donde fuera. El tiempo se paraba solo para nosotros. Lástima que no haya pinturas inmediatas que capturen momentos felices.

Hay silencio. Lo recuerdo bien. Él nunca habló, y las palabras nunca fueron necesarias. Las piñas de los cipreses tenían un olor característico y el cielo siempre era dorado cuando había silencio y

mi hermano no gritaba y apretaba los puños y mi madre lloraba ahora en el suelo de la cocina y mi tía tocaba el piano para no escucharse a sí misma porque se había dado cuenta de que era una persona inaguantable.

Bajo el ciprés había libros y promesas de futuro y un amor inocente y un silencio muy sonoro y cielos con olor a nuez.

Bajo el techo de mi casa había inseguridad, y promesas en vano y un amor retorcido y un griterío insoportable y suelos con olor a sangre.

Bajo su mirada, le confesé mis sueños de huida y todos los libros y promesas y amores y silencios y sonidos y olores que quería vivir. Era manía lo que quebraba mi voz.

Sobre el marco de la ventana de mi habitación, arrastró la luz de la mañana un cuerpo con los ojos abiertos y una piña de ciprés en la mano, incumpliendo su promesa por primera vez.

Y cuando las rosas de mi tía murieron marchitas deshaciéndose con el viento en un polvo marrón y mi tía apareció inmóvil en la bañera, mamá metió los pájaros disecados en el agua para ver si volvían a la vida, pero no lo hicieron. Y tocó una melodía comedida en el piano durante horas hasta que la cabeza cayó inerte y las manos continuaron bailando sobre las teclas.

Y cuando mi hermano no supo qué hacer con los dos cadáveres y se los llevó para tirarlos al río, yo abrí su caja de canicas para volver atrás en el tiempo pero solo había canicas y pequeñas cartas llenas de tinta que dedicó a papá con rabia y frustración.

Ahora todo es un cuadro y quiero morir en paz soñando con el río que fluye colina abajo con las rosas, los pájaros y las canicas. El pasado ha quedado plasmado en la memoria de otra persona que nunca sabrá si la obra es tan solo pintura o también contiene un recuerdo.

Ahora el cielo está dorado y huele a nuez y el silencio no me oprime sino que me abraza como a viejo confidente. Estoy en lo más alto del ciprés y puedo ver ese futuro prometido hace tanto tiempo que nunca se cumplió. Una melodía suena en mi cabeza. Ahora le tengo miedo al silencio. ¿Llegaré alguna vez a ver mi libertad correr fuera de la sombra del ciprés?